

LAS PINTORAS

Entre 1905 y 1919, en los años transcurridos desde la exposición de los «fauvistas» en París hasta el Tratado de Versalles, que puso fin a la Primera Guerra Mundial, el arte tradicional de la pintura sufrió, en

toda Europa, unas transformaciones vanguardistas (decorativismo, cubismo, orfismo, tubismo, ingenuismo, expresionismo, futurismo, rayonismo, azulismo, metafisismo, suprematismo, cuadratismo, dadaísmo, constructivismo, alegorismo, surrealismo), que no consistieron en el cambio o sucesión de meros estilos formales, sino que removieron los propios fundamentos del arte. Es decir, su naturaleza representativa de algo, su finalidad estética para alguien, su función social, los materiales o soportes que utiliza y la condición creadora de sus autores.

Respecto de esta condición ya he calificado de reaccionaria la práctica demagógica de la Bauhaus de Weimar de equiparar a los artistas con los artesanos. Reaccionaria, porque quiso restaurar el modo de producción medieval del arte, del que el Renacimiento cuatrocentista liberó a los artistas. Demagógica, porque ese proyecto introdujo en el gran arte, sólo obediente a inspiraciones personales, la falsa idea de la igualdad de capacidades que se esfumó junto con la utopía comunista.

Antes de seguir comentando las vanguardias que aparecieron después del futurismo italiano, me parece interesante plantear el significado que pueda tener el hecho, hasta ahora inexplicable, de que las esposas o amantes de casi todos los creadores de escuela fueran artistas mercedoras de estar en los museos. Si en 600 años sólo dos o tres mujeres alcanzaron esa gloria, si entre los impresionistas sólo brilló con luz propia Berthe Morisot, me pregunto por qué desde el orfismo se pusieron en vanguardia las esposas de pintores, y por qué se dedicaron tantas a los estilos abstractos y solamente dos (Paula Modersohn, Marie Laurentin) a los figurativos.

A los Delaunay les sucedieron los Lariov, los Malevich, los Kandinsky, los Jawlensky, los Arp, por no mencionar más que a los de primera fila. Las explicaciones sociológicas no sirven para nada. En esos mismos años, decenas de mujeres tuvieron éxito en la escultura y la fotografía artística. Y lo que intriga no es el escaso número de pintoras con relación a los hombres sino la enorme proporción de las que triunfaron con la pintura abstracta. Sólo cabe una explicación: estaban mejor dotadas por tradición femenina para comprender la función decorativa del estilo abstracto y éste les ofrecía menos dificultades técnicas que el figurativo.

A falta de estadísticas más amplias, la mayor presencia de la mujer en la pintura abstracta que en la de objetos materiales hay que relacionarla con otros dos hechos generalizados: el llamado desde hace tiempo en Alemania «academicismo abstracto», en cuyo nombre los estudiantes de bellas artes solicitan lecciones de colores y ensayan abstracciones puras, sin pasar por la dura disciplina del dibujo; y el «premio al abs-



tracto» que supone la idoneidad de lo informe o lo amorfo para expresar ideas o sentimientos inclasificables y para venderse en el mercado modernista por su falta de sentido aparente.

Con estas observaciones intento responder de modo provisional a la interesante pregunta, que me hacen las cartas de dos pintores de distinta edad y localidad, sobre la tristes experiencias de haber visto cómo se inclinan por el abstracto los peores estudiantes en dibujo y cómo venden sus cuadros antes que los de los buenos dibujantes y a precios superiores. Sólo puedo decir que la primera satisfacción del artista auténtico, tal vez la única, no está en el reconocimiento por la sociedad de su talento singular, sino en el placer de crear algo tan bello, tan verdadero o tan emocionante que, sin expresarlo con absoluta sinceridad en el modo de hacerlo, no existiría para nadie. El artista no se diferencia en esto de las demás vocaciones creadoras.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

MÁS PRUDENCIA Y MENOS ARENAS

No es aquella del empate en casa con árbitro entregado, pero la encuesta del CIS es buena para el PSOE y es mala para el PP. Luego serán las urnas y saldrá el sol por Antequera, pero lo que es el sondeo es para preocupar al partido gobernante que pierde la mayoría absoluta, ve cómo su rival, para el desguace hace dos años, le echa ahora el aliento en el cogote y siente peligrar gobiernos autonómicos, incluido el de Madrid, mientras que no avanza en los bastiones «califales» socialistas.

Ésa sería la lectura más prudente y responsable, pero el peligro es que, y para esto sí que vienen muy bien las encuestas, prevalezca la ciega soberbia de los que siempre van a encontrar datos alentadores y de sacar pecho. Ellos sabrán, pero esa deriva popular va dejando, como el «Prestige», una estela de

«Estamos rodeados de mierda y no vemos salida alguna hacia el optimismo». Sciascia conocía muy bien el alcance de la impunidad y la omertá. Para él era siempre el poder, «ese gran delincente impune», el máximo corruptor. La justicia nada podía o quería contra ese gran delincente. El genial siciliano murió cuando ya habían comenzado los procesos de Manos Limpias contra Tangentópolis. Tuvo al menos derecho a la sonrisa. No al optimismo que, como dice Saramago, es una obsesión. Dígalos si no el tío Giulio Andreotti. Ha conseguido salir indemne de tres procesos anteriores, el tercero por el homicidio del periodista Mino Pecorelli. Ahora, en la segunda instancia, el Tribunal de Perugia lo condena a veinticuatro años de cárcel por este delito. Consideró probado que el tío Giulio ordenó a sus sicarios el asesinato del periodista, que se disponía a desvelar diversas atrocidades del piadoso «tío». Fue y consintió en la muerte de Pecorelli. Manos que matan, manos que mandan matar. A las oli-



garquías políticas italianas no les ha gustado la condena. Berlusconi se ha apresurado a decir que la justicia está «enloquecida». Tanto la derecha como el centro-izquierda respaldan al «tío» frente al tribunal que lo ha condenado,

al que colocan en el banquillo. El condenado, en el sitial de la justicia; los magistrados, en el banquillo. Como debe ser. Ya lo dijo Aristófanes: «Si algún ciudadano acusa a un poderoso es porque anda en alguna conspiración». De eso se trata. Se multiplican las voces de los próceres que acusan a los magistrados de conspirar contra el poder político, de convertirse en Estado dentro del Estado o Gobierno frente al Gobierno. Berlusconi no cabe en sí de gozo. Está ganando la guerra contra la justicia. Consiguió primero que los fraudes contables —de los que estaba acusado— se convirtiesen por ley en cuestiones civiles. Consigue ahora la aprobación de la Ley de la Sospecha, a cuyo tenor basta con tener la parcialidad de un tribunal, incluso por intuición emotiva, para rechazarlo y exigir otro. Hasta los olivistas —hartos ya del esfuerzo de ser mochuelos— han reducido sus voces contra esa «Ley de la Vergüenza» y se aprestan a las reformas de Berlusconi. Hay que conseguir que las sentencias estén desprovistas de cualquier dimensión política. ¿Cómo? ¿No juzgando a ningún político del poder? ¿Dejando a los próceres fuera de toda sospecha? Otra vez la justicia como arma del poder y el derecho como cultura política del mismo poder. El prestigioso juez Van Ruymbeke, que aún no ha sido empalado, decía con el coraje de la indignación: «Al romper el vínculo social y conculcar la confianza del ciudadano, el político corrupto destruye la democracia». El magistrado no hace más que defenderla al atacar a aquellos que la traicionan. Queremos ocultar la traición a los ojos de los ciudadanos es traicionar por segunda vez a la democracia. ¿Quién defiende o traiciona la democracia en el caso del tío Giulio?

Entre las medidas de reforma de esa justicia «enloquecida» de que habla Berlusconi se encuentra la de volver a separar a los magistrados del ministerio público del resto de magistrados. Como en Celtiberia. Separados, mejor. Se impide la independencia real de la justicia y se hace mucho más fácil la justicia que complace al príncipe. Cada mochuelo a su olivo. Cada lechuza a su alcuza. Hasta la que espantó san Cristóbalón al ver que bebía / del velón de aceite / de Santa María». ¿Hablará también la Virgen reprendiendo al espantador si el tío Giulio se empeña, por perseguir a todos sus fantasmas, en espantar también a la lechuza que volaba sobre el olivar? ¿Déjala que beba / san Cristóbalón? ¿O «rómpele el pico y las entrañas» puesto que el Vaticano defiende al tío Giulio y con él colabora en espantar todas sus pesadillas, incluida la sangre asesinada de Nino Pecorelli? Mientras tanto, todos parecen seguros de que el Supremo lavará la conciencia y las manos del tío Giulio con el bálsamo de una absolución a la vaticana.

Antonio PÉREZ HENARES



Joaquín NAVARRO